

Narraciones populares
“La epopeya de Baïbars”

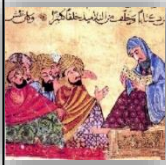
E-LIBROS
COLECCIÓN VIAJES

LAS INFANCIAS DE BAÏBARS

Edición y traducción: Esmeralda de Luis



سيرة المظاهر بيبرس



Del “Roman de Baïbars”

I -Las infancias de Baïbars

Capítulo 16

16 – El honor de El-Horânî

Edición y traducción para www.archivodelafrontera.com
esmeralda.deluis@hotmail.com

Colección: Clásicos Mínimos
Fecha de Publicación: 24-06-2016
Número de páginas: 10
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

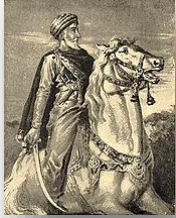
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.



El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

16 – “EL HONOR DE EL-HORÂNÎ”



Dama Fâtmeħ hizo que trajeran diez baúles repletos de monedas de plata y diez fardos de magníficas sedas de Damasco, diciéndole:

- Llévate todo esto contigo.

Luego, volviéndose hacia el visir Najm El-Dîn, le dijo:

- Querido, no tengo nada más preciado que confiarte que al emir Baïbars; es mi ojo derecho, igual que tu esposa Aisa es mi ojo izquierdo. ¡Todo lo que le hagas, será como si me lo hicieras a mí!

- ¡Pues claro! Si ya le quiero más que a mi propio hijo.

La Dama Fâtmeħ ofreció un suntuoso presente al visir Najm El-Dîn; le regaló un joyero en forma de caja.

- Oh, poderoso visir -añadió la Dama-, te voy a encargar que entregues este joyero a mi hermana, la Dama Aisa. Cuídalo bien y no lo abras hasta que ella esté presente, una vez hayas llegado al Cairo.

Y el narrador continuó de este modo:

Ya hemos oído lo que pasó con la Dama Fâtmeħ y el visir Najm El-Dîn. En cuanto a Baïbars, pues éste se dispuso a hacer sus últimos preparativos, ya que ese viaje le hacía muy feliz.

Cuando sus tres compañeros, Ibrahim El-Sindî, Abu Bakr Al-Jardaġânî e Ibrahim El-Jannîn, se enteraron de que Baïbars iba a marcharse, fueron a visitarle.

- ¡Vaya, vaya, campeón! -le dijeron- ¡Así que quieres irte y dejarnos aquí tirados con Sharaf El-Dîn, que nos la va a jugar de todos los colores, porque no puede ni vernos, y ni siquiera estamos seguros de si nos dejará con vida!

- No os preocupéis -respondió Baïbars-, ahora mismo voy a ver a Sharaf El-Dîn y a recomendarle de que más le vale no mezclarse en vuestros asuntos.

Se levantó al instante y se fue a ver a Sharaf El-Dîn, que le dio la bienvenida, se levantó para recibirle y le rogó que se sentase en el lugar de honor. Una vez acomodados, Baïbars le dijo alzando bien la voz:

- Escúchame bien, Sharaf El-Dîn; me voy al Cairo ¡pero cuidadito! Como les busques las cosquillas a mis hermanos y compañeros, sólo tendrás que reprochártelo a ti mismo; porque al igual que yo he sido honesto contigo, tú deberás serlo conmigo.

- ¿Por qué me hablas con ese tono, hijo mío? Te vamos a echar de menos. Si Dios ha decretado tu salvación, y si te marchas, tus compañeros serán más queridos para mí que mi propia alma, y no tendrán nada que temer. Y si lo deseas, puedo tomarles incluso a mi servicio en la sede del gobierno, y hacerles oficiales del ejército.

Y el narrador prosiguió así:

Y algunos pasaron a servir en el palacio del gobernador, y otros declinaron la invitación. En cuanto a Baïbars, pues volvió a casa de la Dama Fâtmeah, a la que hizo mil arrumacos, besándole las manos y diciéndole:

- Oh, madre mía, ruega a Dios por mí y jamás te olvides de hacerlo.

- Ve, hijo mío –respondió ella-. ¡Que Dios guíe tus pasos; que haga un amigo de tu enemigo; que el polvo en tus manos se convierta en oro; que haga flaquear ante ti los corazones de Sus desobedientes servidores; que te dé la victoria sobre tus enemigos; que te reconforte el corazón y que te haga fácil toda empresa difícil, por la gloria del Anunciador! -y a guisa de lamento, Dama Fâtmeah recitó estos versos:

*¿Por qué desear lujo y riquezas
o ser heredero del trono de Persia?
Esa fortuna tan solo es un sueño,
una pluma en el aire,
si nunca más mis ojos
volverán a mirar
tu adorada persona.*

Luego, Dama Fâtmeah se despidió besándole en la frente. Mientras tanto, los muleros habían cargado todos los fardos de seda y el pabellón; le acercaron su caballo, y se montó de un salto.

La gente de Damasco le escoltó hasta fuera de la ciudad para decirle adiós, e incluso el visir Najm El-Dîn. Baïbars se despidió de sus compañeros y amigos, y la caravana dejó Damasco, rumbo a El Cairo. Marcharon sin cesar hasta que cayó la noche; entonces se detuvieron para acampar. Era primavera, y la tierra estaba engalanada con suntuosidad vestida de flores frescas en todo su esplendor. Baïbars ordenó que instalaran el pabellón de Sarjawîl para alardear un poco, y sus servidores lo levantaron sobre un otero, dejando uno de los costados levantado para que pudiera correr la brisa. Baïbars y el visir Najm El-Dîn se sentaron, y éste último alabó la admirable factura del pabellón. Mientras tanto, los cocineros habían comenzado ya a preparar la cena. Trajeron los platos, y comieron hasta saciarse, alabaron al Creador, tomaron un café, y luego hicieron las

abluciones, rezaron, terminando con las invocaciones, para después sentarse y librarse a los placeres de la conversación.

- Baïbars, hijo mío -dijo Najm El-Dîn-, en lo sucesivo no vuelvas a ordenar que levanten este pabellón; pues bien puede despertar la envidia de alguien; y además, corre el riesgo de echarse a perder por el polvo de estas regiones desérticas y despobladas.

- De acuerdo -respondió Baïbars.

Así que pasaron allí la noche; a la mañana siguiente, tras la plegaria del alba, que concluyeron con las invocaciones a Aquel que está al abrigo de toda vergüenza y de toda mancilla, Baïbars ordenó recoger el pabellón y todos los fardos; ejecutadas sus órdenes y preparado de nuevo el cargamento, se pusieron en marcha. Aquel día llegaron hasta un bosque próximo a Hôrân, llamado el bosque de El-Ashnahiyeh, y allí levantaron las tiendas, pues ya habían sobrepasado el mediodía.

En esto, uno de los muleros llamó a su compañero:

- ¡Eh, Mohieddîn!

- ¿Qué pasa, Abu Râgheb?

- ¡Fíjate, esa hondonada está llena de perdices! ¡Coge tu arco y vente! Vamos a hacernos un buen guiso de caza.

- ¡Vive Dios, bien has hablado, hermano! Vamos allá.

Tras esta conversación, ambos descendieron hasta el fondo del valle. El emir Baïbars había escuchado la charla y le entraron ganas de ir a cazar; como se había traído su arco, lo cogió y bajó hasta la quebrada, deslizándose con más ligereza que un fantasma, como dice la canción:

*Mi alma partió a cazar
al final del mediodía...*

Descendió de ese modo hasta el fondo de la quebrada, cuando de repente, a lo lejos avistó a un hombre que cavaba un agujero en el suelo, arrojando la tierra a un lado. A Baïbars le intrigó aquello:

- ¿Quién podrá ser ese hombre -se decía-, y por qué estará cavando un hoyo en este lugar desierto y sin un alma?

Se acercó, y cuando se hallaba delante de él, le habló así:

- ¡Que la paz sea contigo!

Pero aquel hombre encorvado sólo se ocupaba de llenar y vaciar su serón, y no prestaba oídos ni a saludos ni a insultos. En cuanto llenaba el serón de tierra se aprestaba a vaciarlo fuera del agujero; fue entonces, cuando alzando la vista vio al emir Baïbars.

Ahora bien, este hombre que cavaba la tierra no era otro que Hassan El-Horânî. Al punto se reconocieron, y el capitán Hassan, abandonando espuerta y pala, se precipitó hacia Baïbars, saludándole como lo hacen los viejos amigos tras una larga separación.

Baïbars, fijándose más, vio, al lado de la fosa, a un muchacho de tez morena, con un rostro que respiraba salud por todos los poros. Tendría unos quince años, pero era de complejión robusta. Llevaba un bonete rojo rodeado de una banda blanca, e iba vestido con una túnica azul entallada y sujeta con un cinturón de cuero. Estaba atado de pies y manos, tan fuertemente que no se podía ni mover; permanecía callado, sin decir ni manifestar nada.

- Hassan, hermano -dijo Baïbars-, ¿puedo preguntarte qué pasa con este muchacho, y para qué estás cavando ese agujero?

- ¡Ay, *jawand* -exclamó Hassan-, no me preguntes nada sobre este maldito condenado, este cobarde de mi hijo, Ibrahim, y que Dios me perdone, pero reniego de él! ¡Ha arrojado una mancha a mi honor que nada podrá borrar! ¡Por eso voy a enterrarlo vivo!

- No te lo tomes como ofensa, capitán Hassan -exclamó Baïbars intrigado-, pero querría saber qué falta ha podido cometer este muchacho.

- ¡No me preguntes, oh, *jawand*! es una falta tan grave que nadie ha oído jamás algo parecido.

- ¿Es que ha robado?

- ¡Ay, pluguiera al cielo que hubiera robado!

- ¿Ha matado a alguien que Dios hubiera prohibido matar?

- ¡Peor que eso, hombre, peor que eso!

- ¿Ha mancillado el honor de una virgen?

- ¡Si sólo fuera eso!

- ¡Basta, por mi vida! -exclamó Baïbars, cansado de hacer conjeturas-; ¡dime, capitán, cuál es el crimen de este joven! ¡Por el pacto que existe entre nosotros!

- Sabe, oh, *jawand*, que este cobarde de hijo mío estaba ayer guardando el ganado; le atacó un león; una pobre bestia de nada; tanto es así que aquí le llamamos “el gatito salvaje”. El león se arrojó sobre los corderos que se alborotaron, y mientras, este blandengue, que se acercó para

cazar al gatito salvaje, ¡dejó que le rasgara la manga de su túnica! Y aquí me ves ahora, humillado de por vida y hasta el fin de los tiempos.

- ¡Pedazo de burro! –gritó Baïbars-. Pero piensa un poco y dime, ¿cuánto cuesta una túnica en el mercado?

- ¡Ey, ey! ¡Y tú qué te has creído, *jawand*! –gritó el otro-. ¿Acaso te piensas que yo me enfadaría por una túnica?

- Entonces, ¿por qué te has enfadado?

- Pero bueno, ¿es que no lo entiendes? ¡¡¡¿cómo, siendo yo, Hassan El-Horânî, su padre, y Aisa “la canosa”, su madre, este desgraciado se deja desgarrar una manga por un gatito salvaje?!!!

Baïbars se quedó perplejo al oír tal respuesta, y se dijo para sí: ¡Maldición! En verdad que ésta es la auténtica gente de la montaña; aquí le tienes, dispuesto a enterrar vivo a su hijo por una túnica. Y por otra parte, este chico tiene pinta de ser valiente. Tanta violencia va en contra de la religión. Qué razón tiene quien dijo: “Frecuentar a gente tosca conduce a la impiedad”. Se volvió hacia el capitán Hassan y le dijo:

- Hermano, concédeme la vida de este muchacho; yo seré su garante. Si vuelve a mostrarse negligente en su trabajo, entonces, en esa ocasión tú podrás hacer lo que quieras con él. Pero hoy queda bajo mi protección.

- ¡Por la vida de mi padre! -dijo Hassan-, si hubiera sido otro el que me hubiera pedido esa gracia, aunque se hubiera tratado del mismísimo rey Sâleh Ayyub, se la habría negado. Pero es tal la estima que te tengo, que por consideración a tí, te concedo su vida.

Dicho esto, liberó al muchacho de inmediato.

- ¡Rayos y truenos, levántate y ve a besar la mano del *jawand* Baïbars!

El joven se acercó y se puso a besarle las manos, rogando a Dios por su salud:

- Ya verás, oh *jawand* -le dijo el muchacho-, yo te devolveré este favor un día que será recordado en la crónica de los árabes.

Ibrahim se volvió, vio la tierra que su padre había amontonado y se dijo:

- Dios me ha salvado. Si el *jawand* Baïbars no hubiera llegado para liberarme, mi padre me habría enterrado bajo ese montón de tierra, y yo no habría podido salir de ahí hasta el día del juicio.

Entonces el joven se puso de pie de un salto y salió corriendo como alma que lleva el diablo, extrañado de encontrarse aún con vida.

Y el narrador prosiguió de este modo:

Ibrahim entonces se dirigió a casa de su madre, Aisa “la canosa”, y le contó lo que le había sucedido; la madre montó en cólera y agarró la pica de búfalos para golpearle. Ante esta reacción, Ibrahim se escapó de allí y anduvo errando de castillo en castillo y de fortaleza en fortaleza, hasta que un día se enamoró de Nâfileh “la Virgen”. Pero seguiremos hablando de esto en el momento de la coronación de Baïbars.

Y el narrador continuó:

El capitán Hassan se volvió hacia Baïbars y le dijo:

- ¡Oh, *jawand!* ¿Qué te trae por estos lugares? ¿Y qué son todos esos pabellones?

Baïbars le contó todo lo que había pasado, de cabo a rabo; le comentó cómo Sharaf El-Dîn le había denunciado ante el rey El-Sâleh Ayyub.

- Y ahora -dijo él concluyendo-, voy camino del Cairo.

- Eh, ¿y por qué no me has avisado, hermano? ¡Habría venido con mis hombres y habríamos pasado a sangre y fuego Damasco!

- Que Dios te bendiga, capitán. Eres muy amable.

Tras lo cual, Baïbars se llevó al capitán Hassan al campamento; le invitó a que pasara a su pabellón y le rogó que se sentara. Trajeron la cena, comieron, y alabaron al Creador. Después, Hassan El-Horânî se levantó, se despidió de Baïbars, aconsejándole que le enviara noticias suyas con frecuencia; luego se fue.

Najm El-Dîn y Baïbars pasaron la noche en aquel paraje, y al día siguiente se pusieron en marcha, y se detuvieron a una jornada de El-Arish. Esa noche vivaquearon en una extensa pradera. Trajeron la cena y comieron, luego hicieron la plegaria del atardecer, después la de la noche cerrada, y Baïbars fue a sentarse con Najm El-Dîn, a la entrada del pabellón. Había luna llena.

Y hete aquí, que entre los muleros había uno de buen talante, amante de las risas y de las bromas, el alma del grupo, que sabía cantar y tocar el tamboril. Le llamaban Hassan El-Jal’î, por su forma de menear las caderas al bailar. Ahora bien, esa noche, se sentía particularmente inspirado y con cuerpo de fiesta. Así que reunió a todos los muleros y se puso a tocar el tamboril y el caramillo, mientras los otros bailaban; pues un artista jamás viaja sin su tamboril y su flauta.

Este panorama regocijó el corazón del emir Baïbars, y cuando terminó de tocar Hassan El-Jal'î, cogió su tamboril y se acercó a Baïbars voceando:

- ¡Por vuestro buen corazón! ¡El generoso, siempre lo es; quien nada da es un don nadie!

Baïbars se acercó y le dio una buena propina, y lo mismo hizo el visir.



**Aquí la narración continúa en el próximo capítulo titulado
“El desfiladero de El-Arish”**

La caravana en la que viaja Baïbars, acompañado del visir Najm El-Dîn Al-Bunduqdârî, tiene que atravesar por un desfiladero dominado por la tribu cristiana de El-Arish, que exige un peaje a todo el que pase por allí. Los muleros de la caravana no están contentos porque dicen no tener dinero suficiente para el pago del peaje; entonces, Baïbars se presta a negociar con los de la tropa de El-Arish, a cuyo mando se encuentra Kafrín, el hijo del sire Frenhij, Señor de El-Arish, y... la aventura está servida...

Próximamente en www.archivodelafrontera.com

17.- “El desfiladero de El-Arish”



16.- “El honor de El-Horânî”